

Ciudad Juárez

Merced Ontiveros

Su madre la despertó sacudiéndola un poco.

—Hija, hija, despierta, ya nos vamos.

Se incorporó todavía medio adormilada y empezó a doblar el catre de campaña en el que dormía. Sus dos hermanitas saltaban encima de la cama gritando:

—¡Nos vamos a Juárez! ¡Nos vamos a Juárez!

Ella, en cambio, sentía una rara mezcla de alborozo y pesar. Le ilusionaba conocer la ciudad, pero también sentía tristeza por dejar a sus amigos y su escuela. Sus padres parecían no darse cuenta de su estado de ánimo.

El papá entró apresuradamente, revisando con la mirada las dos piezas amplias que habitaban, con piso de tierra apisonada y techumbre de vigas.

—¿Qué nos falta? ¿Qué nos falta? ¡Ah! Falta tu catre hija, hay que cargarlo en la troca.

La niña miró la estufa de leña que siempre le había significado el hogar. Estaba apagada y su madre retiraba en ese momento las cenizas.

—Mamá ¿le digo a mi papá que ya puede cargar la estufa?

—No, hija la estufa se queda. No podemos llevarla y además allá se usan las estufas de gas. Compraremos una llegando.

Mientras escuchaba la respuesta de su madre, fue sintiendo un vacío en el estómago.

Salió de su casa y miró en el cielo algunas estrellas que todavía no desaparecían. Le pareció que se habían retrasado, intrigadas por el ajetreo de la mudanza que había empezado desde la madrugada. En la troca estaban acomodados algunos costales con ropa de la familia, una tina grande de aluminio con ollas,

sartenes, platos, tazas y cucharas de peltre, (la mayoría descascarados), la cama de sus padres, su catre y un rollo grande de cobijas y cobertores.

La troca Ford era vieja y se hacía imposible determinar su color original, estaba oxidada en varias partes y tenía abolladas las salpicaderas. La defensa estaba sujeta al resto de la troca por varias vueltas de alambre de púas. La contemplación de estos detalles la alentó un poco, pensando que el vehículo no sería capaz de aguantar el viaje hasta Juárez. Después de evaluar concienzudamente el estado de la troca se dijo: no llegaremos ni siquiera a “Estación el Sueco” y tendremos que regresar. ¿Por qué no disfrutar esta pequeña aventura?

El dueño de la troca era un viejo amigo de la familia. Al ver a la niña contemplando el vehículo tan detenidamente, se acercó a ella.

—¿Qué pasó, mi Nely? ¿Estás desconfiando de mi Ramona? —le dijo señalando las letras negras en el costado de la troca—. Nunca me ha dejado tirado.

—Pues ésta va a ser la primera vez ¿Cuánto apuestas a que nos quedamos en “El Sueco”?

—Mira, mira, tú. ¡Ahora hasta adivina me saliste! Súbase ya y deje de dar lata.

Se pusieron en marcha. Al atravesar el pueblo, por las ventanas de las casas se miraba la suave luz de los quinqués, al tiempo que de los techos se elevaban las columnas de humo. La niña sabía que las mujeres ya estaban despiertas y haciendo las tortillas de harina para “ponerles el lonche” a los señores. Dejaron atrás las casas y los sembradíos y tomaron la carretera. Ella y su papá viajaban en la parte de atrás de la troca. El viento pegaba fuerte en su cara arrancando prematuramente lágrimas que no alcanzaban a correr por sus mejillas.

Una hora y media después la troca se descompuso en “El Sueco”. La niña bajó de prisa y le dijo con una sonrisa de triunfo al chofer:

—¿Qué hubo, tú? ¿No que no?

—Ya ni la amuelas, mocosa, nos echaste la sal —contestó el chofer, moviendo la cabeza con ademán de no poderlo creer.

Trataron de arreglar la troca, pero no hubo manera. En eso pasó un conocido en un trailer y se ofreció a llevar a la familia a Juárez. Rápidamente cambiaron los muebles de vehículo y al poco tiempo ya estaban de nuevo en la carretera.

Tres horas después estaban llegando a Juárez. Las calles eran estrechas y con montones de basura maloliente en cada esquina. Pasaron el centro con sus escaparates llamativos de ropa, zapatos y juguetes. La niña y sus hermanas estaban alborozadas.

Siguieron avanzando por las calles hasta que llegaron a una vecindad y empezaron a descargar los muebles para meterlos en dos piezas pequeñas con piso de cemento. Una de sus hermanitas no dejaba de reír mientras jugaba a encender y apagar el foco, hasta que, naturalmente, lo fundió.

La vecindad era fea y descuidada: las paredes estaban descascaradas en algunas partes y en el centro del patio —todo de concreto— se encontraban los baños de uso común, las regaderas, y los tendederos.

Ella se sentía apretada en aquel lugar. No había árboles en el patio, por lo que para jugar había que andar siguiendo la sombra que proyectaban las habitaciones y muchos vecinos no querían que los niños jugaran cerca de sus puertas o sus ventanas, así que los corrían de un lado para otro. Su mamá no dejaba que ella y sus hermanas jugaran en la acera porque según decía, allí no era como en el pueblo y había gente mala que se llevaba a las niñas.

Aunque no lo externara, no le gustaba el lugar y la gente menos. En las regaderas tenían que bañarse rápido y, a veces, por las rendijas del baño había alguien tratando de espiar. Ella no lo comprendía ¿Qué tiene de chiste ver a alguien haciendo sus necesidades? Francamente la idea le parecía asquerosa. No era fácil comprender a esa gente, ni siquiera a los niños, que se robaban cuanto juguete quedaba por un momento en el patio.

La primera semana fue difícil. La estufa que su mamá dijo que comprarían terminó siendo una parrilla de gas de dos quemadores. La pusieron sobre una pequeña mesita que su papá hizo con unos tablones viejos. Con las sobras de madera les hizo unas camas para las muñecas.

El invierno fue muy crudo. El papá consiguió un pequeño calentón de leña. El dinero se terminó antes que él consiguiera trabajo. Cuando se acabó la leña, la niña acompañaba a su padre a un cementerio cercano: al oscurecer entraban subrepticamente para recolectar las cruces viejas de madera y llevarlas a casa para usarlas como leña y calentarse. “No tenga miedo hija —le decía el papá— los muertos no hacen nada. Los vivos son los que perjudican”.

El papá empezó a trabajar en la construcción de un gran centro comercial, pero pasaron dos o tres semanas antes de que le pagaran. Un sábado, cuando se despidió para ir al trabajo, le dijo a la familia:

—Hoy me pagan. Se bañan y se alistan porque las voy a llevar al cine.

Hubo un griterío de entusiasmo y todo mundo corrió a abrazarlo.

Llegó ya tarde, muy orgulloso, había comprado dos pollos rostizados y unos refrescos para cenar. Cenaron en medio de risas y bromas. Las niñas insistían en ir al cine a pesar de la hora.

El papá buscó su sobre de pago en el bolsillo del pantalón y no lo encontró. Después buscó en la camisa y luego en la chaqueta, hasta que comprendió que se lo habían robado al subir en el camión que lo traía a casa.

Sufrió un ataque de angustia que le impedía respirar y cayó al suelo en medio de una crisis nerviosa, convulsionando violentamente.

La mamá corrió a buscar ayuda con las vecinas; ella trataba de calmar a sus hermanitas que lloraban asustadas. Llegó una señora ya grande, le puso a su padre un lápiz en la boca para que no se mordiera la lengua y luego le frotó el cuerpo con toallas empapadas en agua fría y alcohol, hasta que pasó el ataque.



Cuando el papá se quedó dormido, la señora se dirigió a la familia diciendo:

No se asusten, así se ponen estos viejos cochinos por tragar tanta cerveza.

La niña sintió que la rabia le ponía rojo el rostro.

—Cállese, vieja mentirosa, mi papá jamás ¡Oígalo bien! ¡Jamás! se ha emborrachado. Él no es como todos los de aquí. Y mucho menos le ha puesto a mi mamá una mano encima como su esposo lo hace.

—¡Pero qué mocosa tan malagradecida! Te deberían dar unas buenas nalgadas para que no te metas en asuntos de mayores.

Ella iba a contestar de nuevo, pero la mirada de reprobación de su madre la hizo callar.

El patrón le prestó dinero a su papá (que después pagaría con horas extras) y las cosas no pasaron a más. Pero la niña estaba viviendo experiencias difíciles y dolorosas que no sabía cómo expresar y que iban calando profundo en su corazón, dejando en él grietas que se parecían mucho a aquellas que tenían las paredes de la vecindad.